

# De la Medicina a la Psicoterapia de Familia

Alvaro  
Villar Gaviria



El simple enunciado de dos aparentes extremos de un recorrido vital, guarda sin embargo, varios puntos que no se hacen evidentes, sobre todo en el mencionado final que —espero— sea transitorio y logre, así, unos cuantos derivados que no encuentro todavía muy nítidos.

El comienzo, por el contrario, tiene varios elementos de convergencia y de superposición. A partir de los médicos, desde mucho tiempo atrás, que compartían o que mezclaban parte de su ejercicio con el de los "curas de almas" especialmente de los párrocos, que fueron entonces, unos y otros, los primeros en hacer algo con cierta frecuencia y continuidad, algo que podría acercarse a la llamada hoy "terapia de familia". Con ejemplos en el recuerdo, en la leyenda, en la pintura, en la historia y en la narrativa, que pudieran ser multiplicados de manera pródiga, pero que basta con personificar en los muchos que de línea Balzac en su "Comedia humana", o en el transmitido por Roger Martin du Gard en "Los Thibault" (1944), o en el semiparódico doctor Cottard, de "En busca del tiempo perdido", de Marcel Proust (1944), para no citar sino estos nombres, que seguramente se encuentran presentes en la memoria, así sea un tanto remota, de quienes oigan o lean lo escrito en estas líneas. Pero es que en la Historia, en la otra, en la que se supone que está basada en una mayor verosimilitud, ocurre lo mismo.

Muy bien lo saben, ustedes y yo, que no sólo las psicoterapias de familia y de pareja, así como las de grupo, nacieron de la medicina; y es un vínculo que no ha terminado todavía de desaparecer. Si faltara alguna prueba adicional, puede verse en el nombre de este Congreso. La clínica no tiene otro origen que el de la enfermedad y de quien la cuida allí, en la clínica, en el hecho, que hasta en su etimología se encuentran íntimamente ligadas. Clínica, "tomado del latín *clanicus*, que visita al que guarda cama" (1954).

Pero es que se trata de un nexo, por otra parte indudable, a través de la neuropsicología y del sistema endocrino, principal pero no exclusivamente.

Lo ocurrido, en síntesis, y de ello puedo dar testimonio personal en los diversos pasos dados, que no son tantos, es lo siguiente: la medicina era —y digo era porque ya lo es menos— una ciencia del individuo; de lo que ocurriera en forma anormal en su interior. Como si viviera solo, en un mundo deshabitado. Pasó mucho tiempo, siglos de tiempo, para que fueran percibidas las influencias exteriores, principalmente los contagios; pe-

ro no sus condiciones de vida, ni su trabajo, ni su alimentación, ni sus relaciones con los demás, a pesar de haberlos tenido necesariamente desde el momento mismo de nacer. No tiene pues nada de extraño que la psiquiatría, confusa mezcla de teorías de varia procedencia, de supuestos, de enormes vacíos, pero heredera en fin de la medicina, tuviera en un comienzo ese mismo carácter individualista. Lo mismo ocurrió con el psicoanálisis, rama de la psicología y en definitiva no de la medicina, como lo señaló inicialmente y muchas veces su fundador.

Parece hoy increíble que hubiera sido necesario el transcurso de tantos años, en realidad hasta la primera mitad del presente siglo, para que tuviese lugar el hecho señalado por Jay Haley en su libro "Tratamiento de la familia" (1977), de que "las ciencias sociales se hicieron más sociales". No sólo la psicología, que dio paso así a las terapias de pareja, de familia y de grupo. Lo cual tiene excepciones muy importantes, como la de J. L. Moreno, de quien se conservan publicaciones desde 1914, según consta en su libro "Psicodrama" (1961); también es una excepción otro precursor, Erik Hamburger Erikson, quien en fecha que no he podido precisar, pero en todo caso previa a la de la difusión de las terapias mencionadas, dice en su libro "Infancia y Sociedad", en su séptima edición en español (1978): "He tenido por costumbre, antes de decidirme a encarar un problema familiar, compartir con sus protagonistas una comida en su hogar" (p. 46).

Sin duda, ofrecían menos dificultades las condiciones anteriores a ello; pero también es cierto, como lo dice seguidamente Haley en la obra citada, que "era como examinar un pez fuera del agua, sobre la tierra seca".

Así era la consulta, en un lugar de artificio, jerarquizado hasta en el amoblamiento, para distanciarnos del consultante, que incluso permitía que lo llamáramos "paciente", como sólo ocurre cuando se trata de la medicina o de las profesiones que tuvieron o que han tenido que ver con ella. Nunca en otras. Nadie es el "paciente" de un abogado o de un arquitecto. Por otra parte, la blusa blanca, un símbolo ya inútil, tan lejano de su origen —la asepsia— pero que sirve ahora, realmente, para poner un límite no franqueable entre dos o más seres humanos; pero no puede ignorarse que el límite es un equivalente, en este caso, de la diferenciación por categoría. Y en esto la medicina ha sido experta, más aún que otros trabajos, de manera muy definida y constante, que aquéllas que acaso pueden serle pares: el sacerdocio y la milicia.

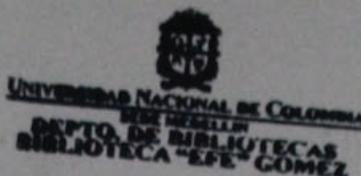
Pero han sido estas nuevas formas de terapia las que nos han puesto frente a nuestros ojos —y de bulto— las incongruencias que antes no veíamos, por las ventajas que tenían para quienes hemos ejercido esas evidentes formas de poder. Mas lo develado no puede volverse luego invisible, en este caso concreto. Sucede como cuando al mago se le descubren sus trucos.

En fin: ha ocurrido, con innúmeras e irreversibles consecuencias. Así como la de encontrar por ejemplo que, como decía Laing en su libro "El cuestionamiento de la familia" (1974), "lo que internalizamos es *la familia como sistema*. No los elementos aislados sino las relaciones y operaciones entre elementos y conjuntos de elementos" (p. 16). Pero además de la que cada cual llevamos dentro, la propia, están las otras que, agregado al elemento común que señala Levi-Strauss en su "Polémica sobre el origen y universalidad de la familia" (1974) —me refiero desde luego a la economía— muestra en general otro carácter en el que no se hace suficiente énfasis: el desequilibrio. Dentro de la familia y entre unas y otras de ellas. Además, en forma desigual. Porque ante el propósito de estudiar "LA FAMILIA" se encuentra que es éste un concepto abstracto. ¿Cuál familia? ¿Cuántas hay, pues? Es procedente, entonces, agruparlas. Y la sociología nos ofrece unos caminos que nos conducen de inmediato a la referencia a las clases sociales, al tiempo y a la procedencia de sus integrantes. Engorroso, complejo asunto, en el que llevo casi diez años de trabajo —infortunada y muy frecuentemente interrumpido— así sea la más grata y por lo tanto la preferida de mis ocupaciones. Y que tiene, en formas que antes no pasaban de ser supuestos, como la incidencia de los mencionados desequilibrios —y no sólo de ellos, por supuesto— sino más que todo de sus causas en las perturbaciones, en las causas de sufrimiento, que por otra de las tantas convenciones del lenguaje hemos llegado a denominar "mentales". Y la ineludible consecuencia de encontrar cómo todo esto se encuentra ligado estrechamente con la forma y con la calidad de la vida, hasta con la arquitectura y con el tamaño mismo de las habitaciones, para no hablar de cuestiones mucho más obvias como las alimentarias —y no sólo las alimenticias— y las educativas; como el trato, como los caracteres objeto de las identificaciones, como las asimetrías múltiples que ve el niño y que además las sufre. La crueldad, que es la norma con ellos, en muchos, en numerosos grupos humanos; en otros, atenuada —sofisticada, podría decirse— pero casi siempre presente. Y ante esto, ¿qué puede hacer la psicología? Como ante la mujer, casi indefectiblemente en relación de sometida por el hombre, por la sociedad, por el trabajo o por su ausencia, o por el llamado invisible, que se nota solamente cuando no se



hace, como lo es el doméstico. Y también, ante todo esto, ¿qué puede hacer la psicología? Mi respuesta es: muy poco, porque no es de su incumbencia directa. Tampoco cuando se aplica a las parejas o a las familias, así se logre —lo cual ocurre en algunos casos— una o varias modificaciones en los conflictos que necesariamente se crean en nuestra modalidad prevaleciente, que es la monoándrica —que muchos se empeñan en seguir llamando monogámica— y la autoritaria.

Recuérdese el caso del doctor Daniel Schreber, magistralmente tomado por Freud en 1911, para sus “Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides), autobiográficamente descrito” (1953), que comenta, entre otros, Morton Schatzman en su libro “El asesinato del alma. La persecución del niño en la familia autoritaria” (1977), y por Franz Baumayer y otros en “El caso Schreber” (1980). Por



cierto que el mismo Freud se refiere a lo llamado en la autobiografía que comento, cuando dice que su médico, el doctor Flechsig, “habría intentado asesinar su alma” (p. 108). Agrega después: “Un único guión nos permite aquí seguir adelante: el sujeto intenta aclarar la idea del asesinato del alma, por medio de alusiones al *Fausto* de Goethe, al *Manfredo* de Byron y al *Freischutz* (El cazador furtivo) de Weber, y uno de estos ejemplos retorna luego en otro pasaje. En efecto, al tratar de la disociación de Dios en dos personas, Schreber identifica al Dios inferior y al Dios superior con Ahriman y Ormuzd, respectivamente (p. 19), y poco después escribe la siguiente observación: “Además, el nombre de Ahriman aparece relacionado, por ejemplo, en el *Manfredo* de Byron, con el asesinato de un alma” (p. 109).

Pero como cosa sorprendente desde todo punto de vista, es el hecho de que Freud no se interesó en absoluto por saber quién era la familia, ni tampoco el padre de Daniel. Ni siquiera cita alguno de los muy conocidos libros —entonces—, publicados por Daniel Gottlieb Moritz Schreber, eminente médico y ortopedista, además de educador e inventor; el más conocido fue según William G. Niederland en “El padre de Schreber” (1980), la “Gimnasia médica casera”, que en la época del escrito de Freud había completado veintiseis ediciones y se encontraba en muchas librerías de Viena. Con todo, el autor señaló: “La perdurable influencia del doctor Daniel G. M. Schreber sobre sus contemporáneos”. “La memoria del doctor Daniel G. M. Schreber es conservada hoy en día por numerosas sociedades que llevan su nombre” (p. 114). Pero poco antes había escrito a propósito de la vida de Daniel: “Ignorando todo detalle anterior a su enfermedad, no podemos adivinar...” (p. 110). Etc.

Niederland (op. cit.), agrega que el hecho es más significativo si se tiene en cuenta que en uno de los últimos informes (1958), existen más de dos millones de miembros de las llamadas Sociedades Schreber, todo lo cual subraya su importancia. Pero es que el psicoanálisis, como la psicología y como la medicina individualista, no tenían en cuenta ni algo que se encontraba al alcance de la mano, como en este caso. Aún más: el autor citado menciona un interesante documento: “Los informes médicos del Hospicio Sonnenstein, en el que su hijo estuvo confinado durante muchos años y donde redactó sus famosas *Memorias*, contienen esta lacónica declaración: “El padre (fundador de los jardines Schreber en Leipzig) sufría de manifestaciones compulsivas con impulsos asesinos” (p. 198).

Ahora bien, si se tiene en cuenta que el sistema delirante en este “caso de paranoia” tenía como figura central a un Dios persecutorio que

era —según lo confirman muchos puntos del historial autobiográfico— una introyección de semejante padre, se infiere que la persecución existió, sin duda, como idea delirante; pero durante muchos años existió por fuera. Una persecución sistemática del padre, como la que preconizaban sus métodos educativos para *todos* los niños, particularmente para los hombres. A las mujeres no las menciona, ni siquiera a su hija ni a su esposa.

Pues bien, todo esto podría ser la historia clínica de una persona. Lo muy llamativo es que, si Freud ignoró toda la vida de su analizado, es lo que han hecho hasta hace poco la psicología y el psicoanálisis. Y así lo hemos hecho todos. Al recalcar que “sólo importa la realidad interna”; lo demás era despreciable; no interesaba para nada. Esto conducía, claro está, y de inmediato, a la falacia de la “neutralidad”. Que no puede existir cuando se mira el conjunto de los hechos. Y si decía que esto no había sido de la incumbencia de estas ciencias, no me refería a que no lo fuera de



La familia es la base del Estado

quienes las ejercemos. Ante un problema que es fundamentalmente político por sus diversos componentes, no puede pedirse que todos adoptemos necesariamente una posición en ese sentido. Además, porque si existe esa relación de causa a efecto, no puede negarse que también existen unas verdaderas enfermedades mentales, que cumplen los requisitos para que algo pueda llamarse así, como las "enfermedades del cuerpo", tal como las describe la medicina. Pero la no petición del compromiso debe entonces trocarse por otra, bastante obvia: la de excluir la negación de lo observado y de lo palpable. Y por lo menos dejar de situarse en la paradoja de actuar —muchas veces con evidente eficacia por unos y por otros métodos— generalmente en bienvenido aumento, pero sin hacer nada para prevenir la repetición, o el surgimiento de los mismos conflictos, en proporciones siempre mayores, de manera que no es arriesgado decir que si hoy no contamos con recursos suficientes, cada vez lo serán menos, y más grande y más desesperante la situación de la gente, si no se propicia el cambio, si no se lo prepara, si no se aguza una crítica social por todos los medios que se encuentren a nuestro alcance. Y el actuar profesional es sólo uno de ellos, muy pequeño por cierto si a ello se reduce. Y si muchos —si honestos— se afincan en una pequeña parcela del conocimiento con la idea, que es sólo su verdad, de que "la psicología" así de simple y de miope, es LA PSICOLOGIA del ser en el mundo.

Noviembre de 1985

#### REFERENCIAS

- BAUMAYER, FRANZ; KATAN, MAURITZ; KITAY, PHILIP M. y NIEDERLAND, WILLIAM G.: *El caso Schreber*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1980.
- COROMINAS, J.: *Diccionario crítico-etimológico de la lengua castellana*. Gredos, Madrid, 1954.
- DU GARD, ROGER MARTIN: *Los Thibault*. Losada, Buenos Aires, 1944.
- ERIKSON, ERIK HAMBURGER: *Infancia y sociedad*. Horme, Buenos Aires, 1978 (orig. 1950?).
- FREUD, SIGMUND: *Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides), autobiográficamente descrito*. O. C., Vol. XVI, p. 77. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1943 (orig., 1911).
- HALEY, JAY: *Tratamiento de la familia*. Amorrortu, Buenos Aires, 1977.
- LAING, R. D.: *El cuestionamiento de la familia*. Paidós, Buenos Aires, 1974.
- LEVI-STRAUSS, CLAUDE; SPIRO, MELFORD E. y GOUGH, KATHLEEN: *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*. Anagrama, Barcelona, 1974.
- MORENO, J. L.: *Psicodrama*. Hormé, Buenos Aires, 1961.
- NIEDERLAND, WILLIAM G.: *El padre de Schreber*. En BAUMAYER, FRANZ; KATAN, MAURITZ; KITAY, PHILIP M. y NIEDERLAND, WILLIAM G.: *El caso Schreber*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1980.
- PROUST, MARCEL: *En busca del tiempo perdido*. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1944 (orig., 1913).
- SCHATZMAN, MORTON: *El asesinato del alma. La persecución del niño en familia autoritaria*. Siglo XXI, México, 1977.